

oído y leído que es unión el amor y que es unidad, y que es como un lazo estrecho entre los que juntamente se aman, y que por ser así, se transforma el que ama en lo que ama por tal manera, que se hace con él una misma cosa.»

«Y ¿parécenos, dijo Juliano, que todo el amor es así?» «Sí parece,» respondió Sabino. «Apolo, dijo Juliano, á vuestro parecer, ¿amaba cuando en la fábula, como canta el poeta, sigue á Dafne, que le huye? O el otro de la comedia cuando pregunta dónde buscará, dónde descubrirá, á quién preguntará, cuál camino seguirá para hallar á quien había perdido de vista, pregunto, ¿amaba también?» «Así, dijo, parece.» «Y ambos, replicó Juliano, estaban tan lejos de ser unos con lo que amaban, que el uno era aborrecido dello, y el otro no hallaba manera para alcanzarlo.» «Verdad es, dijo Sabino, cuanto al hecho, mas cuanto al deseo ya lo eran; porque esa unidad era lo que apetecían, si amaban.» «Luego, dijo Juliano, ¿ya el amor no será él la unidad, sino un apetito y deseo della?» «Así, dijo, parece.» «Pues decidme, añadió Juliano; aquestos mismos, si consiguieran su intento, ó otros cualesquiera que aman, y que lo que aman lo consiguen y alcanzan y vienen á ser uno mismo con ello, ¿dejan de amarle luego, ó ámanla todavía también?» «Como puede uno no amar á sí mismo, así podrán, dijo Sabino, dejar de amar al que ya es una misma cosa con ellos.» «Bien decis, dijo Juliano; mas decidme, Sabino, ¿será posible que desee alguno aquello mismo que tiene?» «No es posible,» dijo Sabino. «Y habeis dicho, añadió Juliano, que ya aquestos tales han venido á tener unidad.» «Sí han venido,» dijo. «Luego habeis de decir, replicó Juliano, que ya no la desean ni apetecen.» «Ansí es, dijo, verdad.» «Y es verdad que se aman, añadió Juliano; luego no lo es decir que el amar es desear la unidad.» Estuvo entonces sobre sí Sabino un poco, y dijo luego:

«No sé, Juliano, qué fin han de tener hoy estas redes vuestras, ni qué es lo que con ellas deseais prender. Mas pues así me estrechais, dígoos que hay dos amores ó dos maneras de amar, una de deseo y otra de gozo. Y dígoos que en el uno y en el otro amor hay su cierta unidad, el uno la desea, y cuanto es de su parte la hace, y el otro la posee y la abraza, y se deleita y aviva con ella misma; el uno camina á este bien, y el otro descansa y se goza en él; el uno es como el principio, y el otro es como lo sumo y lo perfecto, y así el uno como el otro se rodea, como sobre quicio, sobre la unidad sola, el uno haciéndola y el otro como gozando della.» «No han hecho mala presa estas que llamais mis redes, Sabino, dijo Juliano entonces, pues han cogido de vos esto que decis ahora, que está muy bien dicho; y con ello estoy yo mas cerca del fin que pretendo de lo que vos, Sabino, pensais. Porque, pues es así que todo amor, cada uno en su manera, ó es unidad, ó camina á ella y la pretende; y pues es así que es como el blanco y el fin del bien querer el ser unos los que se quieren, cosa cierta será que todo aquello que fuere contrario ó en alguna forma dañoso á aquesta unidad, será desabrido enemigo para el amor; y que el que amare, por el mismo caso que ama, padecerá tormento gravísimo todas las veces que, ó le aconteciere algo de lo

que divide el amor, ó temiere que le puede acontecer. Porque, como en el cuerpo siempre que se corta ó que se divide lo uno dél y lo que está ayuntado y continuo, se descubre luego un dolor agudo, así todo lo que en el amor, que es unidad, se esfuerza á poner division, pone por el mismo caso en el alma que ama una miseria y una congoja viva, mayor de lo que declarar se puede.» «Esa es verdad en que no hay duda, dijo entonces Sabino.»

«Pues si en esto no hay duda, añadió Juliano, ¿podréisme decir, Sabino, cuántas y cuáles sean las cosas que tienen esta fuerza, ó que la pretenden tener, de cortar y dividir aquello con que el amor se añuda y se hace uno?» «Tiene, dijo Sabino, esa fuerza todo aquello que á cualquiera de los que aman, ó le deshace en el ser, ó le muda y le trueca en la voluntad, ó totalmente ó en parte, como son, lo primero, la enfermedad y la vejez y la pobreza y los desastres, y finalmente la muerte; y en lo segundo, la ausencia, el enojo, la diferencia de pareceres, la competencia en unas mismas cosas, el nuevo querer y la liviandad nuestra natural. Porque en lo primero la muerte deshace el ser, y así aparta aquello que deshace de aquello que queda con vida; y la enfermedad y vejez y pobreza y desastres, así como disponen para la muerte, así tambien son ministros y como instrumentos con que este apartamiento se obra. Y en lo segundo, cierto es que la ausencia hace olvido, y que el enojo divide, y que la diferencia de pareceres pone estorbo en la conversacion; y así, apartando el trato, enajena poco á poco las voluntades y las desata para que cada una se vaya por sí; pues con el nuevo amor, claro es que se corta el primero, y manifiesto es que nuestro natural mudable es como una lima secreta, que de continuo, con deseo de hacer novedad, va dividiendo lo que está bien ajuntado.»

«No se dará bien, conforme á eso, Sabino, dijo Juliano entonces, el amor en cualquier suelo.» Respondió Sabino. «¿Cómo no se dará?» Y Juliano dijo: «Como dicen de algunos frutales, que plantados en Persia, su fruta es ponzoña, y nacidos en estas provincias nuestras, son de manjar sabroso y saludable; así digo que se concluye de lo que hasta ahora está dicho, que el amor y la amistad, todas las veces que se plantare en lo que estuviere sujeto á todos ó algunos desos accidentes que habeis contado, Sabino, como planta puesta en lugar, no solo ajeno de su condicion, mas contrario y enemigo de la cualidad de su ingenio, producirá, no fruto que recree, sino tósigo que mate. Y si, como poco antes deciamos, para venir á ser dichosos y de buena suerte nos conviene que amemos algo que nos sea como fuente de aquesta buena ventura, y si la naturaleza ordenó que fuese el medio y el tercero de toda la buena dicha el amor, bien se conoce ya lo que arriba dudábamos, que el amor que se empleare en aquello que está sujeto á las mudanzas y daños que dicho habeis, no solo no dará á su dueño ni el sumo bien ni aquella parte de bien, cualquiera que ella se sea, que posee en sí aquello á quien se endereza, mas le hará triste y miserable del todo. Porque el dolor que le traspasará las entrañas cuando alguno de los casos y de los accidentes que dijistes, Sabino, pues no se excusan, le acon-

teciere, y el temor perpétuo de que cada hora le pueden acontecer, le convertirán el bien en continua miseria. Y no le valdrá tanto lo bueno que tiene aquello que ama para acarrearle algun gusto, cuanto será poderoso lo quebradizo y lo vil y lo mudable de su condicion para le aligir con perpétuo é infinito tormento.

«Mas si es tan perjudicial el amor cuando se emplea mal, y si se emplea mal en todo lo que está sujeto á mudanza, y si todo lo semejante le es suelo enemigo, adonde si prende, produce frutos de ponzoña y miseria, ya veis, Sabino, la razon por qué dije al principio que solo Cristo es aquel con quien se puede tener paz y amistad; porque él solo es el no mudable y el bueno, y aquel que cuanto de su parte es, jamás divide la unidad del amor que con él se pone; y así, él es solo el sugeto propio y la tierra natural y feliz adonde florece bienaventuradamente y adonde hace buen fruto esta planta; porque ni en su condicion hay cosa que lo divida, ni se aparta dél por las mudanzas y desastres á que está sujeta la nuestra, como nosotros libremente no lo apartemos dejándole. Que ni llega á él la vejez, ni la enfermedad le enflaquece, ni la muerte le acaba, ni puede la fortuna, con sus desvarios, poner cualidad en él que la haga menos amable. Que, como dice el salmista (a):—Aunque tú, Señor, mismo desde el principio cimentaste la tierra, y aunque son obra de tus manos los cielos, ellos perecerán y tú permanecerás; ellos se envejecerán, como se envejece la ropa, y como se pliega la capa los plegarás y serán plegados; mas tú eres siempre uno mismo, y tus años nunca desmenganan. Y tu trono, Señor, por siglos y siglos, vara de derechizas la vara de tu gobierno.—Esto es en el ser; que en su voluntad para con nosotros, si nosotros no le huimos primero, no puede caber desamor.

«Porque si viniéremos á pobreza y á menos estado, nos amará, y si el mundo nos aborreciere, él conservará su amor con nosotros; en las calamidades, en los trabajos y en las afrentas, en los tiempos temerosos y tristes, cuando todos nos huyan, él con mayores regalos nos recogerá á sí. No temeremos que podrá venir á menos su amor por ausencia, pues está siempre lanzado en nuestra alma y presente. Ni cuando, Sabino, se marchitare en vos esa flor de la edad, ni cuando corriendo los años y haciendo su obra, os desfiguraren la belleza del rostro, ni en las canas, ni en la flaqueza, ni en el temblor de los miembros, ni en el frio de la vejez se resfriará su amor en ninguna cosa para con vos. Antes rico para hacer siempre bien, y de riquezas que no se agotan haciéndole, y deseosísimo continuamente de hacerlo, cuando se os acabare todo, se os dará todo él, y renovará vuestra edad como el águila, y vistiéndoos de inmortalidad y de bienes eternos, como esposo verdadero vuestro, os ayuntará del todo consigo con lazo que jamás faltará, estrecho y dulcísimo.

«Mas esto ya toca á vos, Marcelo (dijo Juliano prosiguiendo y volviendo á él), porque es del nombre de Esposo de que últimamente habeis de decir, y de que yo de propósito os he detenido que no dijédeses con aquesto que he dicho, no tanto por añadir cosa que importase á vuestras razones, cuanto para que repo-

(a) Psalm. 101, v. 26.

sádeses entre tanto vos, y así entrádeses con nuevo aliento en aquesto que os resta.» «Vos, Juliano, dijo Marcelo entonces, siempre que habláredes, será con propósito y provecho mucho, y lo que habeis hablado ahora ha sido tal, que haceis mal en no llevarlo adelante. Y pues ello mismo os habia metido en el nombre de Esposo, fuera justo que lo prosiguiéredes vos, á lo menos siquiera porque entre tanto malo como he dicho yo, tuviera tan buen remate esta plática; que yo os confieso que en este nombre no puede decir lo que hay en él quien no lo ha sabido sentir, y de mí ya conoecis cuán de lejos estoy de todo buen sentimiento.» «Ya conoecemos, dijeron juntos Juliano y Sabino, cuán mal sentis de estas cosas, y por esta causa os queremos oír en ellas; demás de que es justo que sea de un paño todo.» «Justo es, dijo Marcelo, que sea todo de sayal, y que á cosa tan grosera no se añada pieza mas fina. Mas, pues es forzoso, será necesario que, como suelen hacer los poetas en algunas partes de sus poesías, adonde se les ofrece algun sugeto nuevo ó mas dificultoso que lo pasado, ó de mayor cualidad, que tornan á invocar el favor de sus musas; así yo ahora torne á pedir á Cristo su favor y su gracia para poder decir algo de lo que en un misterio como aqueste se encierra, porque sin él no se puede entender ni decir.» Y con esto humilló Marcelo templadamente la cabeza hácia el suelo, y como encogiendo los hombros, calló por un espacio pequeño, y luego tornándola á alzar y tendiendo el brazo derecho, y en la mano dél, que tenia cerrada, abriendo ciertos dedos della y extendiéndolos, dijo:

§. IV.

Llámase Cristo Esposo, y explícate cómo lo es de la Iglesia, y las circunstancias de este desposorio.

«Tres cosas son, Juliano y Sabino, las que este nombre de Esposo nos da á entender, y las de que nos obliga á tratar: el ayuntamiento y la unidad estrecha que hay entre Cristo y la Iglesia; la dulzura y deleite que en ella nace de aquesta unidad; los accidentes, y como si dijésemos, los aparatos y circunstancias del desposorio. Porque si Cristo es esposo de toda la Iglesia y de cada una de las ánimas justas, como de hecho lo es, manifiesto es que han de concurrir en ello aquestas tres cosas. Porque el desposorio, ó es un estrecho ñudo en que dos diferentes se reducen en uno, ó no se entiende sin él, y es ñudo por muchas maneras dulce, y ñudo que quiere su cierto aparato, y á quien le anteceden siempre y le siguen algunas cosas dignas de consideracion. Y aunque entre los hombres hay otros títulos y otros conciertos, ó ordenados por su voluntad dellos mismos ó con que naturalmente nacen así, con que se ayuntan en unas veces mas y otras menos. Porque el título de deudo ó de padre es unidad que hace la naturaleza con el parentesco, y los títulos de rey y de ciudadano y de amigo son respetos de estrechizas con que por su voluntad los hombres se adunan; mas aunque esto es así, el nombre de Esposo y la verdad de este nombre hace ventaja á los demás en dos cosas: la primera, en que es mas estrecho y de mas unidad que

ninguno; la segunda, en que es lazo mas dulce y caudador de mayor deleite que todos los otros.

»Y en aqueste artículo es muy digna de considerar la maravillosa blandura con que ha tratado Cristo á los hombres; que, con ser nuestro padre, y con hacerse nuestra cabeza, y con regirnos como pastor, y curar nuestra salud como médico, y allegarse á nosotros, y ayuntarnos á sí con otros mil títulos de estrecha amistad, no contento con todos, añadió á todos ellos aqueste ñudo y aqueste lazo tambien, y quiso decirse y ser nuestro esposo. Que para lazo es el mas apretado lazo; y para deleite, el mas apacible y mas dulce; y para unidad de vida, el de mayor familiaridad; y para conformidad de voluntades, el mas uno; y para amor, el mas ardiente y el mas encendido de todos. Y no solo en las palabras, mas en el hecho es así nuestro esposo, que toda la estrechez de amor y de conversacion y de unidad de cuerpos que en el suelo hay entre dos, marido y mujer, comparada con aquella con que se enlaza con nuestra alma este esposo, es frialdad y tibieza pura. Porque en el otro ayuntamiento no se comunica el espíritu, mas en este su mismo espíritu de Cristo se da y se traspasa á los justos. Como dice san Pablo (a): El que se ayunta á Dios, hácese un mismo espíritu con Dios.—En el otro así dos cuerpos se hacen uno, que se quedan diferentes en todas sus cualidades; mas aquí así se ayuntó la persona del Verbo á nuestra carne, que osa decir san Juan (b) que se hizo carne. Allí no recibe vida el un cuerpo del otro, aquí vive y vivirá nuestra carne por medio del ayuntamiento de la carne de Cristo. Allí al fin son dos cuerpos en humores é inclinaciones diversos, aquí ayuntando Cristo su cuerpo á los nuestros, los hace de las condiciones del suyo, hasta venir á ser con él cuasi un cuerpo mismo, por una tan estrecha y secreta manera, que apenas explicarse puede. Y así lo afirma y encarece san Pablo (c):—Ninguno, dice, aborreció jamás á su carne, antes la alimenta y la abriga como Cristo á la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne dél y de sus huesos dél. Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se ayuntará á su mujer, y serán dos en una carne; este es un secreto y un sacramento grandísimo, mas enténdolo yo en la Iglesia con Cristo.—

»Pero vamos declarando poco á poco, cuanto nos fuere posible, cada una de las partes de aquesta unidad maravillosa, por la cual todo el hombre se enlaza estrechamente con Cristo, y todo Cristo con él. Porque primeramente, el ánima del hombre justo se ayunta y se hace una con la divinidad y con el alma de Cristo, no solamente porque las añuda el amor, esto es, porque el justo ama á Cristo entrañablemente, y es amado de Cristo por no menos cordial y entrañable manera; sino tambien por otras muchas razones. Lo uno, porque imprime Cristo en su alma dél, y le dibuja una semejanza de sí mismo viva, y un retrato eficaz de aquel grande bien que en sí mismas contienen sus dos naturalezas, humana y divina. Con la cual semejanza figurando nuestro ánimo, y como vestido de Cristo, parece otro él, como poco há que decíamos, hablando de la virtud de la gracia. Lo otro, porque demás desta imá-

(a) 1, Corint., 6, v. 17. (b) Joan., 1, v. 14. (c) Ephes., 5, v. 29.

gen de gracia que pone Cristo como de asiento en nuestra alma, le aplica tambien su fuerza y su vigor vivo, y que obra y lánzalo por ella toda; y apoderado así della, dale movimiento y dispiértala y hácele que no repose, sino que, conforme á la santa imágen suya, que impresa en sí tiene, así obre y se menea y bulla siempre, y como fuego arda y levante llama, y suba hasta el cielo, ensalzándose. Y como el artífice, que, como alguna vez acontece, primero hace de la materia que le conviene lo que le ha de ser instrumento en su arte, figurándolo en la manera que debe para el fin que pretende; y despues cuando lo toma en la mano, queriendo usar dél, le aplica su fuerza y le menea, y le hace que obre conforme á la forma de instrumento que tiene, y conforme á su cualidad y manera; y en cuanto está así el instrumento, es como un otro artífice vivo, porque el artífice vive en él y le comunica cuanto es posible la virtud de su arte; así Cristo, despues que con la gracia, semejanza suya, nos figura y concierta, en la manera que cumple, aplica su mano á nosotros, y lanza en nosotros su virtud obradora, y dejándonos llevar della nosotros sin le hacer resistencia, obra él, y obramos con él y por él lo que es debido al ser suyo, que en nuestra alma está puesto, y á las condiciones hidalgas y al nacimiento noble que nos ha dado; y hechos así otro él, ó por mejor decir, vestidos en él, nace dél y de nosotros una obra misma, y esa cual conviene que sea la que es obra de Cristo.

»Mas ¿por ventura parará aquí el lazo con que se añuda Cristo á nuestra alma? Antes pasa adelante; porque (y sea esto lo tercero, y lo que ha de ser forzosamente lo último), porque no solamente nos comunica su fuerza y el movimiento de su virtud en la forma que he dicho, mas tambien por una manera que apenas se puede decir, pone presente su mismo Espíritu Santo en cada uno de los ánimos justos. Y no solamente se juntan con ellos por los buenos efectos de gracia y de virtud y de bien obrar que allí hace, sino porque el mismo espíritu divino suyo está dentro dellos presente, abrazado y ayuntado con ellos por dulce y bienaventurada manera. Que así como en la divinidad el Espíritu Santo, inspirado juntamente de las personas del Padre y del Hijo, es el amor, y como si dijésemos, el ñudo dulce y estrecho de ambas; así él mismo, inspirado á la Iglesia, y con todas las partes justas della enlazado, y en ellas morando, las vivifica y las enciende, y las enamora y las deleita, y las hace entre sí y con él una cosa misma.—Quien me amare, dice Cristo (d), será amado de mi Padre, y vendremos á él y harémos morada en él.—Y san Pablo (e):—La caridad de Dios nos es infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado.—Y en otra parte dice (f) que nuestros cuerpos son templo suyo, y que vive en ellos y en nuestros espíritus. Y en otra (g), que nos dió el espíritu de su Hijo, que en nuestras almas y corazones á boca llena le llama Padre y mas Padre. Y como aconteció á Eliseo con el hijo de la huéspedada muerto (h), que le aplicó primero su báculo, y se ajustó con él despues, y lo último de todo le comunicó su aliento y espíritu;

(d) Joan., 14, v. 23. (e) Rom., 8, v. 9. (f) 1, Corint., 3, v. 16. (g) Rom., 8, v. 15. (h) 1, Reg., 4.

así en su manera es lo que pasa en este ayuntamiento y en este abrazo de Dios; que primero pone Dios en el alma sus dones, y despues aplica á ella sus manos y rostro, y últimamente le infunde su aliento y espíritu, con el cual la vuelve á la vida del todo, y viviendo á la manera que Dios vive en el cielo, y viviendo por él, dice con san Pablo (a):—Vivo yo, mas no yo, sino vive en mí Jesucristo.—

»Esto pues es lo que hace en el alma, y no es menos maravilloso que esto lo que hace con el cuerpo, con el cual ayunta el suyo estrechísimamente. Porque, demás de que tomó nuestra carne en la naturaleza de su humanidad, y la ayuntó con su persona divina con ayuntamiento tan firme, que no será suelto jamás, el cual ayuntamiento es un verdadero desposorio, ó por mejor decir, un matrimonio indisoluble celebrado entre nuestra carne y el Verbo, y el tálamo donde se celebró fué, como dice san Agustín, el vientre purísimo. Así que, dejando esta union aparte que hizo con nuestra carne, haciendo la carne suya, y vistiéndose della, y saliendo en pública plaza, en los ojos de todos los hombres, abrazado con ella, tambien esta misma carne y cuerpo suyo, que tomó de nosotros, lo ayunta con el cuerpo de su Iglesia y con todos los miembros della, que debidamente le reciben en el Sacramento del altar, allegando su carne á la carne dellos, y haciéndola cuanto es posible con la suya misma.—Y serán, dice (b), dos en una carne. Gran sacramento es este, pero enténdolo yo de Cristo y de la Iglesia.—No niega san Pablo decirse con verdad de Eva y de Adán aquello:—Y serán una carne los dos;—de los cuales al principio se dijo; pero dice que aquella verdad fué semejanza de aqueste otro hecho secreto, y dice que en aquello la razon dello era manifiesta y descubierta razon; mas aquí dice que es oculto misterio.

»Y á este ayuntamiento real y verdadero de su cuerpo y el nuestro miran tambien claramente aquellas palabras de Cristo (c):—Si no comiéredes mi carne y bebiéredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros.—Y luego, ó en el mismo lugar:—El que come mi carne y bebe mi sangre, queda en mí, y yo en él.—Y ni mas ni menos lo que dice san Pablo (d):—Todos somos un cuerpo los que participamos de un mismo mandamiento.—De lo cual se concluye que, así como por razon de aquel tocamiento son dichos ser una carne Eva y Adán; así, y con mayor razon de verdad, Cristo esposo fiel de su Iglesia, y ella esposa querida y amada suya por razon deste ayuntamiento que entre ellos se celebra, cuando reciben los fieles dignamente en la hostia su carne, son una carne y un cuerpo entre sí. Bien y brevemente Teodoro sobre el principio de los Cantares y sobre aquellas palabras dellos:—Beséme de besos de su boca;—en este propósito dice desta manera:—No es razon que ninguno se ofenda de aquesta palabra de beso; pues es verdad que al tiempo que se dice la misa, y al tiempo que se comulga en ella, tocamos al cuerpo de nuestro Esposo, y le besamos y le abrazamos, y como con esposo, así nos ayuntamos con él.—Y san Crisóstomo dice mas larga

(a) Galat., 2, v. 20. (b) Ephes., 5, v. 31. (c) Joan., 6, v. 54. (d) 1, Corint., 10, v. 17.

y mas claramente lo mismo:—Somos, dice, un cuerpo, y somos miembros suyos hechos de su carne y hechos de sus huesos. Y no solo por medio del amor somos uno con él, mas realmente nos ayunta y como convierte en su carne por medio del manjar de que nos ha hecho merced. Porque, como quisiese declararnos su amor, enlazó y como mezcló con su cuerpo el nuestro, y hizo que todo fuese uno, para que así quedase el cuerpo unido con su cabeza, lo cual es muy propio de los que mucho se aman. Y así, Cristo, para obligarnos con mayor amor y para mostrar mas para con nosotros su buen deseo, no solamente se deja ver de los que le aman, sino quiere ser tambien tocado dellos y ser comido, y que con su carne se engiera la dellos, como diciéndoles:—Yo deseé y procuré ser vuestro hermano, y así por este fin me vestí, como vosotros, de carne y de sangre, y eso mismo con que me hice vuestro deudo y pariente, eso mismo yo ahora os lo doy y comunico.—»

Aquí Juliano, asiendo de la mano de Marcelo, le dijo: «No os conseis en eso, Marcelo; que lo mismo que dicen Teodoro y Crisóstomo, cuyas palabras nos habeis referido, lo dicen por la misma manera cuasi toda la antigüedad de los santos, san Irineo, san Hilario, san Cipriano, san Agustín, Tertuliano, Ignacio, Gregorio Niseno, Cirilo, Leon, Focio y Teofilato. Porque, así como es cosa notoria á los fieles que la carne de Cristo debajo de los accidentes de la hostia recibida por los cristianos, y pasada al estómago por medio de aquellas especies, toca á nuestra carne, y es nuestra carne tocada della; así tambien es cosa en que ninguno que lo hubiere leído puede dudar, que así las sagradas letras como los santos doctores usan por esta causa de aquesta forma de hablar, que es decir que somos un cuerpo con Cristo, y que nuestra carne es de su carne, y de sus huesos los nuestros; y que no solamente en los espíritus, mas tambien en los cuerpos estamos todos ayuntados y unidos. Así que estas dos cosas ciertas son y fuera de toda duda están puestas. Lo que ahora, Marcelo, os conviene decir, si nos queréis satisfacer, ó por mejor decir, si deseáis satisfacer al sugeto que habeis tomado y á la verdad de las cosas, es declarar cómo por solo que se toque una carne con otra, y solo porque el un cuerpo con el otro cuerpo se toquen, se puede decir con verdad que son ambos cuerpos un cuerpo y ambas carnes una misma carne, como las sagradas letras y los santos doctores, que así las entienden, lo dicen. ¿Por ventura no toco yo ahora con mi mano á la vuestra, mas no por eso son luego un mismo cuerpo y una misma carne vuestra mano y mi mano?»

«No lo son sin duda, dijo Marcelo entonces, ni menos es un cuerpo y una carne la de Cristo y la nuestra solamente porque se tocan cuando recibimos su cuerpo, ni los santos por solo este tocamiento ponen esta unidad de cuerpos entre él y nosotros, que los pecadores que indignamente le reciben tambien se tocan con él; sino porque tocándose ambos por razon de haber recibido dignamente la carne de Cristo, y por medio de la gracia que se da por ella viene nuestra carne á remedar en algo á la de Cristo, haciéndosele se-

mejante.» «Eso, dijo Juliano entonces, dejando á Marcelo, nos dad mas á entender.» Y Marcelo, callando un poco, respondió luego desta manera: «Quedara muy entendido si yo, Juliano, hiciere ahora clara la verdad de dos cosas: la primera, que para que se diga con verdad que dos cosas son una misma basta que sean muy semejantes entre sí; la segunda, que la carne de Cristo, tocando á la carne del que le recibe dignamente en el Sacramento, por medio de la gracia que produce en el alma hace en cierta manera semejante nuestra carne á la suya. Si vos probais eso, Marcelo, respondió Juliano, no quedará lugar de dudar; porque, si una grande semejanza es bastante para que se digan ser unos los que son dos, y si la carne de Cristo, tocando á la nuestra, la asemeja mucho á sí misma, clara cosa es que se puede decir con verdad que por medio deste tocamiento venimos á ser con él un cuerpo y una carne. Y á lo que á mí me parece, Marcelo, en la primera desas dos cosas propuestas no teneis mucho que trabajar ni probar; porque cosa razonable y conveniente parece que lo muy semejante se llame uno mismo, y así lo solemos decir.»

«Es conveniente, respondió Marcelo, y conforme á razon, y recibido en el uso comun de los que bien sienten y hablan. De dos, cuando mucho se aman, ¿por ventura no decimos que son uno mismo, y no por mas de porque se conforman en la voluntad y querer? Luego si nuestra carne se despojare de sus cualidades, y se vistiere de las condiciones de la carne de Cristo, serán como una ella y la carne de Cristo, y demás de muchas otras razones, será tambien por esta razon carne de Cristo la nuestra, y como parte de su cuerpo y parte muy ayuntada con él. De un hierro muy encendido decimos que es fuego, no porque en substancia lo sea, sino porque en las cualidades, en el ardor, en el encendimiento, en la calor y en los efectos lo es; pues así para que nuestro cuerpo se diga cuerpo de Cristo, aunque no sea una substancia misma con él, bien le debe bastar el estar acondicionado como él. Y para traer á comparacion lo que mas vecino es y mas semejante, ¿no dice á boca llena san Pablo (a) que el que se ayunta con Dios se hace un espíritu con él? Y ¿no es cosa cierta que el ayuntarse con Dios el hombre no es otra cosa sino recibir en su alma la virtud de la gracia, que, como ya tenemos dicho otras veces, es una cualidad celestial, que, puesta en el alma, pone en ella mucho de las condiciones de Dios y la figura muy á su semejanza? Pues si al espíritu de Dios y al nuestro espíritu los dice ser uno el predicador de las gentes, por la semejanza suya que hace en el nuestro el de Dios, bien bastará para que se digan nuestra carne y la carne de Cristo ser una carne, el tener la nuestra (si lo-tuviere) algo de lo que es propio y natural á la carne de Cristo.

«Son un cuerpo de república y de pueblo mil hombres en linaje extraños, en condiciones diversos, en oficios diferentes, y en voluntades é intentos contrarios entre sí mismos, porque los ciñe un muro y porque los gobierna una ley; y dos carnes tan juntas, que traspasa por medio de la gracia mucho de su virtud y de su

(a) 1, Corint., 6, v. 17.

propiedad la una en la otra, y cuasi la embebe en sí misma, ¿no serán dichas ser una? Y si en esto no hay que probar, por ser manifiesto, como, Juliano, decis, ¿cómo puede ser obscuro ó dudoso lo segundo que propuse, y que despues de aquesto se sigue? Un guante oloroso traído por un breve tiempo en la mano, pone su buen olor en ella, y apartado della, lo deja allí puesto; y la carne de Cristo virtuosísima y eficazísima, estando ayuntada con nuestro cuerpo y hinchando de gracia nuestra alma, ¿no comunicará su virtud á nuestra carne? ¿Qué cuerpo estando junto á otro cuerpo no le comunica sus condiciones? Este aire fresco que ahora nos toca nos refresca, y poco antes de ahora, cuando estaba encendido, nos comunicaba su calor y encendia. Y no quiero decir que esta es obra de naturaleza, ni digo que es virtud que naturalmente obra la que acondiciona nuestro cuerpo y le asemeja al cuerpo de Cristo, porque si fuese así, siempre y con todos aquellos á quien tocarse sucedería lo mismo; mas no es con todos así, como parece en aquellos que le reciben indignos. En los cuales el pasar atrevidamente á sus pechos sucios el cuerpo santísimo de Jesucristo, demás de los daños del alma, les es causa en el cuerpo de malos accidentes y de enfermedades, y á las veces de muerte, como claramente nos lo enseña san Pablo.

«Así que, no es obra de naturaleza aquesta, mas es muy conforme á ella y á lo que naturalmente acontece á los cuerpos cuando entre sí mismos se ayuntan. Y si por entrar la carne de Cristo en el pecho no limpio ni convenientemente dispuesto, como ahora decia, justamente se le destempla la salud corporal á quien así le recibe, cuando por el contrario estuviere bien dispuesto el que le recibiere, ¿cómo no será justo que con maravillosa virtud no solo le santifique el alma, mas tambien con la abundancia de la gracia que en ella pone le apure el cuerpo y le avecine á sí mismo todo cuanto pudiere? Que no es mas inclinado al daño que al bien el que es la misma bondad, ni el bien hacer le es dificultoso al que con el querer solo lo hace. Y no solamente es conforme á lo que la naturaleza acostumbra, mas es muy conveniente y muy debido á lo que piden nuestras necesidades. ¿No deciamos esta mañana que el soplo de la serpiente y aquel manjar vedado y comido nos desconcertó el alma y nos emponzoñó el cuerpo? Luego convino que este manjar, que se ordenó contra aquel, pusiese no solamente justicia en el alma, sino tambien por medio della santidad y pureza celestial en la carne; pureza digo, que resistiese á la ponzoña primera, y la desarraigase poco á poco del cuerpo. ¿Cómo dice san Pablo?—Así como en Adan murieron todos, así cobraron vida en Jesucristo.— En Adan hubo daño de carne y de espíritu, y hubo inspiracion del demonio espiritual para el alma y manjar corporal para el cuerpo. Pues si la vida se contrapone á la muerte, y el remedio ha de ir por las pisadas del daño, necesario es que Cristo en ambas á dos cosas produzga salud y vida, en el alma con su espíritu, y en la carne ayuntando á ella su cuerpo. Aquella manzana, pasada al estómago, así destempló el cuerpo, que luego se descubrieron en él mil malas cualidades mas ardientes que el fuego; esta carne santa, allegada debidamente

á la nuestra por virtud de su gracia produzga en ella frescor y templanza. Aquel fruto atosigó nuestro cuerpo, con que viene á la muerte; esta carne comida enriquezcanos así con su gracia, que aun descienda su tesoro á la carne, que la apure y le dé vida y la resucite.

«Bien dice acerca desto san Gregorio Niseno:—Así como en aquellos que han bebido ponzoña, y que amatan su fuerza mortífera con algun remedio contrario, conviene que, conforme á como hizo el veneno, asimismo la medicina penetre por las entrañas, para que se derrame por todo el cuerpo el remedio; así nos conviene hacer á nosotros, que pues comimos la ponzoña que nos desata, recibamos la medicina que nos repara, para que con la virtud desta desechemos el veneno de aquella. Mas esta medicina ¿cuál es? Ninguna otra sino aquel santo cuerpo que sobrepujo á la muerte y nos fué causa de vida. Porque, así como un poco de levadura, como dice el Apóstol, asemeja á sí á toda la masa, así aquel cuerpo á quien Dios dotó de inmortalidad, entrando en el nuestro, le traspasa en sí todo y le muda. Y así como el ponzoñoso, con lo saludable mezclado, hace á lo saludable dañoso, así al contrario, este cuerpo inmortal á aquel de quien es recibido le vuelve semejantemente inmortal.—Esto dice Niseno. Mas entre todos san Cirilo lo dice muy bien:—No podia, dice, este cuerpo corruptible traspasarse por otra manera á la inmortalidad y á la vida, sino siendo ayuntado á aquel cuerpo á quien es como suyo el vivir. Y si á mí no me crees, da fe á Cristo, que dice: Sin duda os digo que si no comiéredes la carne del Hijo del hombre, y si no bebiéredes su sangre, no tendréis vida en vosotros. Que el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el postrero dia. Bien ois cuán abiertamente te dice que no tendrás vida si no comes su carne y si no bebes su sangre. No la tendréis, dice, en vosotros; esto es, dentro de vuestro cuerpo no la tendréis. Mas ¿á quien no tendréis? á la vida. Vida llama convenientemente á su carne de vida, porque ella es la que en el día último nos ha de resucitar. Y deciros he cómo. Esta carne viva, por ser carne del Verbo unigénito, posee la vida, y así no la puede vencer el morir; por donde, si se junta á la nuestra, alanza de nosotros la muerte; porque nunca se aparta de su carne el Hijo de Dios. Y porque está junto y es como uno con ella, por eso dice: Y yo le resucitaré en el dia postrero.—Y en otro lugar el mismo doctor dice así:—Es de advertir que el agua, aunque es de su naturaleza muy fria, sobreviniéndole el fuego, olvidada de su frialdad natural, no cabe en sí de calor. Pues nosotros, por la misma manera, dado que por la naturaleza de nuestra carne somos mortales, participando de aquella vida que nos retira de nuestra natural flaqueza, tornamos á vivir por su virtud propia della; porque convino que no solamente el alma alcanzase la vida por comunicársele el Espíritu Santo, mas que tambien este cuerpo toscó y terreno fuese hecho inmortal con el gusto de su metal, y con el tacto dello y con el mantenimiento. Pues como la carne del Salvador es carne vivífica, por razon de estar ayuntada al Verbo, que es vida por naturaleza, por eso cuando la

comemos tenemos vida en nosotros, porque estamos unidos con aquello que está hecho vida. Y por esta causa Cristo, cuando resucitaba á los muertos, no solamente usaba de palabra y de mando como Dios, mas algunas veces les aplicaba á su carne, como juntamente obradora, para mostrar con el hecho que tambien su carne, por ser suya y por estar ayuntada con él, tenia virtud de dar vida.—Esto es de Cirilo.

«Así que, la mala disposicion que puso en nosotros el primero manjar nos obliga á decir que el cuerpo de Cristo, que es su contrario, es causa que haya en el nuestro, por secreta y maravillosa virtud, nueva pureza y nueva vida; y lo mismo podemos ver si ponemos los ojos en lo que se puso por blanco Cristo en cuanto hizo, que es declararnos su amor por todas las maneras posibles. Porque el amor, como platicábades ahora, Juliano y Sabino, es unidad, ó todo su oficio es hacer unidad, y cuanto es mayor y mejor la unidad, tanto es mayor y mas excelente el amor; por donde, cuanto por mas particulares maneras fueren en uno mismo dos entre sí, tanto sin duda ninguna se tendrán mas amor. Pues si en nosotros hay carne y espíritu, y si con el espíritu ayunta el suyo Cristo por tantas maneras, poniendo en él su semejanza y comunicándole su vigor y derramando por él su espíritu mismo, ¿no os parecerá, Juliano, forzoso el decir, ó que hay falta en su amor para con nosotros, ó que ayunta tan bien su cuerpo con el nuestro cuanto es posible ayuntarse dos cuerpos? Mas ¿quién se atreverá á poner mengua en su amor en esta parte, el cual por todas las demás partes es sobre todo encarecimiento extremado? Porque pregunto, ¿ó no le es posible á Dios hacer esta union, ó hecha, no declara ni engrandece su amor, ó no se precia Dios de engrandecerle? Claro es que es posible, y manifiesto que añade quilates, y notorio y sin duda que se precia Dios de ser en todo lo que hace perfecto. Pues si esto es cierto, ¿cómo puede ser dudoso, si hace Dios lo que puede ser hecho y lo que importa que se haga para el fin que pretende? El mismo Cristo dice, rogando á su Padre (a):—Señor, quiero que yo y los míos seamos una misma cosa, así como yo soy una misma cosa contigo.—No son una misma cosa el Padre y el Hijo solamente porque se quieren bien entre sí, ni solo porque son, así en voluntades como en juicios conformes, sino tambien porque son una misma substancia, de manera que el Padre vive en el Hijo, y el Hijo vive por el Padre, y es un mismo ser y vivir el de entrambos.

«Pues así, para que la semejanza sea perfecta cuanto ser puede, conviene sin duda que á nosotros los fieles entre nosotros, y á cada uno de nosotros con Cristo, no solamente nos añude y haga uno la caridad que el espíritu en nuestros corazones derrama, sino que tambien en la manera del ser, así en la del cuerpo como en la manera del alma, seamos todos uno, cuanto es hacedero y posible; y conviene que, siendo muchos en personas, como de hecho lo somos, empero por razon de que mora en nuestras almas un espíritu mismo y por razon que nos mantiene un individuo y solo manjar, seamos todos uno en un espíritu y en un cuerpo

(a) Joan., 17, v. 22.

divino; los cuales espíritu y cuerpo divino, ayuntándose estrechamente con nuestros propios cuerpos y espíritus, los cualifiquen y los acondicionen á todos de una misma manera, y á todos de aquella condicion y manera que le es propia á aquel divino cuerpo y espíritu, que es la mayor unidad que se puede hacer ó pensar en cosas tan apartadas de suyo. De manera que, como una nube en quien ha lanzado la fuerza de su claridad y de sus rayos el sol, llena de luz y, si aquesta palabra aquí se permite, en luz empapada, por donde quiera que se mire es un sol; así, ayuntando Cristo, no solamente su virtud y su luz, sino su mismo espíritu y su mismo cuerpo con los fieles y justos, y como mezclando en cierta manera su alma con la suya dellos, y con el cuerpo dellos su cuerpo, en la forma que he dicho, les brota Cristo y les sale afuera por los ojos y por la boca y por los sentidos, y sus figuras todas y sus semblantes y sus movimientos son Cristo, que los ocupa así á todos, y se enseñorea dellos tan íntimamente, que, sin destruirles ó corromperles su ser, no se verá en ellos en el último día ni se descubrirá otro ser mas del suyo, y un mismo ser en todos; por lo cual, así él como ellos, sin dejar de ser él y ellos, serán un él y uno mismo.

»Grande nudo es aqueste, Sabino, y lazo de unidad tan estrecho, que en ninguna cosa de las que, ó la naturaleza ha compuesto ó el arte inventado las partes diversas que tiene, se juntaron jamás con juntura tan delicada ó que así huyese la vista, como es esta juntura; y cierto, es ayuntamiento de matrimonio tanto mayor y mejor, cuanto se celebra por modo mas uno y mas limpio, y la ventaja que hace al matrimonio ó despojo de la carne en limpieza, esa ó mucho mayor ventaja le hace en unidad y estrechez; que allí se inficionan los cuerpos, y aquí se deifica el alma y la carne; allí se aficionan las voluntades, aquí todo es una voluntad y un querer; allí adquieren derecho el uno sobre el cuerpo del otro, aquí, sin destruir su substancia, convierte en su cuerpo, en la manera que he dicho, el esposo Cristo á su esposa; allí se yerra de ordinario, aquí se acierta siempre; allí de continuo hay solicitud y cuidado, enemigo de la conformidad y unidad, aquí seguridad y reposo ayudador y favorecedor de aquello que es uno; allí se ayuntan para sacar á luz á otro tercero, aquí por un ayuntamiento se camina á otro, y el fruto de aquesta unidad es afinarse en ser uno, y el abrazarse es para mas abrazarse; allí el contento es aguado y el deleite breve y de bajo metal, aquí lo uno y lo otro tan grande, que baña el cuerpo y el alma; tan noble, que es gloria; tan puro, que ni antes le precede ni despues se le sigue, ni con él jamás se mezcla ó se ayunta el dolor. Del cual deleite, pues habemos dicho ya del ayuntamiento, que es lo que propusimos primero, lo que el Señor nos ha comunicado, será bien que digamos ahora lo que se pudiere decir, aunque no sé si es de las cosas que no se han de decir; á lo menos cierto es que, cómo ello es y cómo pasa, ninguno jamás lo supo ni pudo decir.

»Y así, sea esta la primera prueba y el argumento primero de su no medida grandeza, que nunca cupo en lengua humana, y que el que lo prueba lo calla mas,

y que su experiencia emudece la habla, y que tiene tanto de bien que sentir, que ocupa el alma toda su fuerza en sentirlo, sin dejar ninguna parte della libre para hacer otra cosa; de donde la Sagrada Escritura, en una parte adonde trata de aqueste gozo y deleite, le llama maná escondido, y en otra, nombre nuevo que no lo sabe leer sino aquel solo que lo recibe, y en otra, introduciendo como en imágen una figura de aquestos abrazos, venido á este punto de declarar sus deleites dellos, hace que se desmaye y que quede muda y sin sentido la esposa que lo representa; porque, así como en el desmayo se recoge el vigor del alma á lo secreto del cuerpo, y ni la lengua ni los ojos ni los piés ni las manos hacen su oficio, así este gozo, al punto que se derrama en el alma, con su grandeza increíble la lleva toda á sí, por manera que no le deja comunicar lo que siente á la lengua.

»Mas ¿qué necesidad hay de retraer por indicios lo que abiertamente testifican las sagradas letras y lo que por clara y llana razon se convence? David dice en su divina escritura (a): — ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de tu dulzura, la que escondiste para los que te temen!—Y en otra parte: — Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con el abundancia de los bienes de vuestra casa, y daréisles á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites. — Y en otra parte: — Gustad y ved cuán dulce es el Señor. — Y en otra: — Un rio de avenida baña con deleite la ciudad de Dios, y voz de salud y alegría suena en las moradas de los justos, y bienaventurado es el pueblo que sabe qué es jubilacion.—Y finalmente, Isaías (b): —Ni los ojos lo vieron, ni lo oyeron los oídos, ni pudo haber en humano corazon lo que Dios tiene aparejado para los que esperan en él. — Y conviene que, como aquí se dice así, sea por necesaria razon y tan clara, que se tocara con las manos si primero entendiéremos qué es y cómo se hace aquesto que llamamos deleite; porque deleite es un sentimiento y movimiento dulce, que acompaña y como remata todas aquellas obras en que nuestras potencias y fuerzas, conforme á sus naturalezas ó á sus deseos, sin impedimento ni estorbo se emplean; porque todas las veces que obramos así, por el medio de aquestas obras alcanzamos alguna cosa, que, ó por naturaleza ó por disposicion y costumbre, ó por eleccion y juicio nuestro, nos es conveniente y amable. Y como cuando no se posee y se conoce algun bien, la ausencia dél causa en el corazon una agonía y deseo, así es necesario decir que, por el contrario, cuando se posee y se tiene, la presencia dél en nosotros y el estar ayuntado y como abrazado con nuestro apetito y sentidos, conociéndolo nosotros así, los halaga y regala; por manera que el deleite es un movimiento dulce del apetito.

»Y la causa del deleite son, lo primero, la presencia, y como si dijésemos el abrazo del bien deseado, al cual abrazo se viene por medio de alguna obra conveniente que hacemos, y es como si dijésemos el tercero desta concordia, ó por mejor decir, el que la saborea y sazona el conocimiento y el sentido della; porque á quien no siente ni conoce el bien que posee, ni si lo posee,

(a) Psalm. 30, 35, 45, 106, 88. (b) Esai., 64, ff., v. 4.

no le puede ser el bien ni deleitoso ni apacible. Pues esto presupuesto de aquesta manera, vamos agora mirando estas fuentes de donde mana el deleite, y examinando á cada una dellas por sí, que, adonde quiera que las descubriéremos mas, y en todas aquellas cosas alonde halláremos mayores y mas abundantes mineros dél, en aquellas cosas sin duda el deleite dellas será de mayores quilates. Es pues necesario para el deleite, y como fuente suya, de donde nace, lo primero, el conocimiento y sentido; lo segundo, la obra, por medio de la cual se alcanza el bien deseado; lo tercero, ese mismo bien; lo cuarto y lo último, su presencia y ayuntamiento dél con el alma. Y digamos del conocimiento primero, y despues dirémos de lo demás por su órden.

»El conocimiento, cuanto fuere mas vivo, tanto cuanto es de su parte será causa de mas vivo y mas acendrado deleite; porque, por la razon que no pueden gozar dél todas aquellas cosas que no tienen sentido, por esa misma se convence que las que le tienen, cuanto mas dél tuvieren, tanto sentirán la dulzura mas, conforme á como la experiencia lo demuestra en los animales, que en la manera que á cada uno dellos, conforme á su naturaleza y especie, ó mas ó menos se les comunica el sentido, así ó mas ó menos les es deleitable y gustoso el bien que poseen; y cuanto en cada una órden dellos está la fuerza del sentido mas bota, tanto cuanto se deleitan es menor su deleite; y no solamente se ve esto entre las cosas que son diferentes, comparándolas entre sí mismas, mas en un linaje mismo de cosas y en los particulares que en sí contiene se ve; porque los hombres, los que son de mas buen sentido, gustan mas del deleite, y en un hombre solo, si ó por acaso ó por enfermedad tiene amortecido el sentido del tacto en la mano, aunque la tenga fría y la allegue á la lumbre, no le hará gusto el calor; y como se fuere en ella por medio de la medicina ó por otra alguna manera despertando el sentir, así por los mismos pasos y por la medida misma crecerá en ella el poder gozar del deleite. Por donde, si esto es así, ¿quién no sabe ya cuán mas subido y agudo sentido es aquel con que se comprehenden y sienten los gozos de la virtud que no aquel de quien nacen los deleites del cuerpo? Porque el uno es conocimiento de razon, y el otro es sentido de carne; el uno penetra hasta lo último de las cosas que conoce, el otro para en la sobrehaz de lo que siente; el uno es sentir bruto y de aldea, el otro es entender espiritual y de alma; y conforme á esta diferencia y ventaja, así son diferentes y se aventajan entre sí los deleites que hacen.

»Porque el deleite que nace del conocer del sentido es deleite ligero ó como sombra de deleite, y que tiene dél como una vislumbre ó sobrehaz solamente, y es tosco y aldeano deleite; mas el que nos viene del entendimiento y razon es vivo gozo y macizo gozo, y gozo de substancia y verdad; y así como se prueba la grande substancia de aquestos deleites del alma por la viveza del entendimiento que los siente y conoce, así tambien se ve su nobleza por el metal de la obra que nos ayunta al bien de do nacen; porque las obras por cuya mano metemos á Dios en nuestra casa, que, puesto en ella, la hinche de gozo, son el contemplarle y el

amarle y el ocupar en él nuestro pensamiento y deseo, con todo lo demás que es santidad y virtud; las cuales obras ellas en sí mismas son por una parte tan propias de aquello que en nosotros verdaderamente es ser hombre, y por otra tan nobles en sí, que ellas mismas por sí, dejado aparte el bien que nos traen, que es Dios, deleitan al alma, que con sola su posesion dellas se perficiona y se goza; como, al revés, todas las obras que el cuerpo hace, por donde consigue aquello con que se deleita el sentido, sean obras ó no propias del hombre, ó así toscas y viles, que nadie las estimaria ni se alegraría con ellas por sí solas, si ó la necesidad pura ó la costumbre dañada no le forzase. Así que, en lo bueno, antes que ello deleite hay deleite, y eso mismo que va en busca del bien y que lo halla y le echa las manos, es ello en sí bien que deleita, y por un gozo se camina á otro gozo; por el contrario de lo que acontece en el deleite del cuerpo, donde los principios son intolerable trabajo, los fines, enfado y hastío, los frutos, dolor y arrepentimiento.

»Mas cuando acerca desto faltase todo lo que hasta agora se ha dicho, para conocer que es verdad basta la ventaja sola que hace el bien de donde nacen estos espirituales deleites, á los demás bienes que son cebo de los sentidos. Porque si la pintura hermosa presente á la vista deleita los ojos, y si los oídos se alegran con la suave armonía, y si el bien que hay en lo dulce ó en lo sabroso ó en lo blando causa contentamiento en el tacto, y si otras cosas menores y menos dignas de ser nombradas pueden dar gusto al sentido, injuria será que se hace á Dios poner en cuestion si deleita ó qué tanto deleita al alma que se abraza con él. Bien lo sentía esto aquel que decía (a): — ¿Qué hay para mí en el cielo? y fuera de vos, Señor, ¿qué puedo desear en la tierra?— Porque si miramos lo que, Señor, sois en vos, sois un océano infinito de bien, y el mayor de los que por acá se conocen y entienden es una pequeña gota comparado con vos, y es como una sombra vuestra oscura y ligera. Y si miramos lo que para nosotros sois y en nuestro respeto, sois el deseo del alma, el único paradero de nuestra vida, el propio y solo bien nuestro, para cuya posesion somos criados y en quien solo hallamos descanso, y á quien, aun sin conoceros, buscamos en todo cuanto hacemos. Que á los bienes del cuerpo, y cuasi á todos los demás bienes que el hombre apelece, apetécelos como á medios para conseguir algun fin, y como á remedios y medicinas de alguna falta ó enfermedad que padece; busca el manjar porque le atormenta la hambre, allega riquezas por salir de pobreza; sigue el son dulce, y vase en pos de lo proporcionado y hermoso, porque sin esto padecen mengua el oído y la vista.

»Y por esta razon los deleites que nos dan estos bienes son deleites menguados y no puros, lo uno porque se fundan en mengua y en necesidad y tristeza, y lo otro porque no duran mas de lo que ella dura, por donde siempre la traen junto á sí y como mezclada consigo. Porque si no hubiese hambre no seria deleite el comer, y en faltando ella falta él juntamente. Y así, no tienen mas bien de cuanto dura el mal para cuyo re-

(a) Psalm. 72, v. 25.